

EL MEJOR ANTÍDOTO

Seudónimo: Alfer

Apenas habían transcurrido unos meses, y Pablo, infatigable, todos los domingos me formulaba su pregunta rutinaria: «Papá, ¿cuándo visitaremos al abuelo?»... Cada vez que escuchaba esas palabras abandonar su párvula boca, me estremecía. No sabía dónde meterme ni qué responder. Me faltaban excusas por poner; el hinchido saco de pretextos y mentiras piadosas que portaba sobre mi conciencia, comenzaba a rasgarse. ¡Cómo le iba a explicar a un mico de seis años lo que realmente ocurría!

Mi mujer me alentaba a que le diera una explicación. «No es de justicia mantener al crío en ascuas. Será imposible sostener esta situación por tiempo indefinido», me decía. Y qué razón llevaba..., pero el fugaz devenir de los acontecimientos no me había dejado margen de reacción... Todo comenzó con aisladas pérdidas de la noción del tiempo que fueron dando paso a bruscos cambios de humor... Su ánimo comenzó a oscilar al igual que una embarcación zozobraba en mitad de una densa tempestad... Las encrespadas olas le hicieron perder el rumbo y, una vez perdido, ya no pudo retomarlo. Su razón quedó confinada en un intrincado dédalo de oscuros y tortuosos senderos imposibles de desandar... Una enmarañada red de encrucijadas y serpenteantes corredores impedía a mi padre regresar a mi lado.

Tras meditar largo y tendido sobre lo que mi esposa me dijo, finalmente, una inverosímil historia brotó de mi imaginación.

—Pablo, hijo, tenemos que hablar... He de darte una mala noticia.

—¿Qué sucede, papá?

—Es con relación al abuelo... Sabes que llevas tiempo sin verle... Por cierto, ¿recuerdas qué le ocurrió a la abuela de Miguel?

—Claro que sí... Se perdió y fuimos a buscarla por las calles. También estaba la policía... Pero ¿qué tiene que ver eso con el abuelo? —inquirió intrigado.

—Está aconteciendo algo terrible en el pueblo. Me tienes que prometer que no vas comentar nada sobre ello... Ni siquiera a tus mejores amigos.

—Lo prometo... Pero dime, ¿qué sucede? —preguntó con su dulce e inocente voz.

—Ven, acércate y te lo diré en voz baja, no quiero que me escuchen... —le susurré con intención de crear suspense—. Pues..., Pablo, no lo vas a creer... Está rondando por aquí, desde hace no demasiado, un espantoso... brujo.

—¿En serio? ¿Uno auténtico? ¿De los que preparan pócimas y hacen trucos?

—Sí, así es... ¿Y a que no sabes lo que está haciendo, el muy bellaco?

—¿El qué, papá? —preguntó una vez más, con sus ojos como platos, colmado de curiosidad.

Había conseguido captar su atención. Eso era lo relevante..., ahora solo hacía falta

que se creyera el resto del relato... Sabía que lo que me disponía a narrarle no me sería útil eternamente, pero por desgracia, mi padre no duraría tanto como para que mi hijo se cuestionara si lo que le decía era o no veraz.

—Ese malévolo hechicero se está encargando de borrar a algunos ancianos su memoria... El abuelo, de hecho, no se acuerda de casi nada, es más... ¡No se acuerda ni de mí!

—¿Y de mí se acuerda, papá? —me preguntó albergando un resquicio de esperanza.

—Pues no lo sé, hijo, lo desconozco.

—Entonces tendremos que ir a visitarle para comprobarlo —dijo con rotundidad.

—Mejor no... —le respondí sin esgrimir razón alguna.

—Pero, papá, ¿cuándo vamos a ir a ver al abuelo? ¡Se nos va a hacer tarde! —me respondió, haciendo caso omiso a mi decisión.

Nada de lo que yo decía servía para hacerle cambiar de opinión... A pesar de todo lo que le había referido, él, pertinaz, proseguía con su optimismo intacto y su fe inquebrantable.

—Pablo, creo que es mejor que tú te quedes aquí, con mamá, mientras yo me acerco y le echo un vistazo al abuelo, ¿no te parece? —le propuse, temeroso por lo que pudiera alegar en contra, como si de un abogado se tratase.

—Papá, ¡no podemos perder un instante! ¡Tenemos que buscar un antídoto para deshacer el hechizo! ¡Vamos a mi cuarto, seguro que entre mis cuentos encontramos alguno que nos diga qué hacer! Si no, preguntamos a mamá. Ella siempre tiene medicinas guardadas...

Su voluntad era férrea... El deseo por ver a su abuelo estaba por encima de todo y de todos... Entonces me di cuenta de que ya no había vuelta atrás... A pesar de ser un chiquillo, solo cabía que se diera cuenta por sí mismo, con sus propios ojos, de que, lamentablemente, el abuelo ya no se acordaba de nosotros...

Horas más tarde nos dirigimos a la residencia. Mi hijo parecía asustado, quizá le había metido el miedo en el cuerpo con esa disparatada patraña... No es lo que pretendía, mas la exasperación me llevó a ello... Cuando entramos en la habitación, saludé a mi padre, como acostumbraba hacer, a pesar de ser consciente de que él no sabía quién era yo... Sin embargo, algo cambió ese día... De repente unas sentidas lágrimas recorrieron sus arrugadas mejillas. Después de meses sin articular palabra, volví a escuchar aquella voz quebrada: «¡Pablo, has venido a verme! ¡Te he echado de menos! ¡Ven y dame un abrazo!». Mi padre tan sólo se acordaba de él... Ni rastro en su mente de

mí, aunque eso no me importó. Ambos se fundieron en un cándido abrazo que se vio interrumpido por la ingenua ocurrencia que solo un niño sería capaz de tener: «¡Has visto, papá, te lo dije y tú no me creías... Existe el antídoto! ¡Yo soy el antídoto! ¡Yo soy el antídoto!», repetía una y otra vez, a la par que saltaba con los brazos en alto.

He escuchado en infinidad de ocasiones a muchos abuelos afirmar que se llega a querer a un nieto más si cabe que a un hijo... Antes yo intuía que eso era posible... Hoy sé que es verdad.